



Dulce e insólita melodía

Texto: Ernesto del Moral Moreno

Según supe después, era una típica sobremesa de julio en Jaén, aunque en casi cualquier otra parte supusiera sentirse como en el mismísimo horno de la bruja de Hansel y Gretel.

Tras una opípara comida en el casco antiguo de la ciudad, lleno de establecimientos con todo tipo de tapeos y platos deliciosos, callejando por las juderías, en total soledad dada la canícula, vine a parar delante de un monasterio.

Era, según rezaba el totem turístico que lo precedía, el Real Monasterio de Santa Clara, fundado por Fernando III "El Santo". No sé si fue simple curiosidad o también me empujó el ver a través del portón un patio apeteciblemente fresco. Nada más pasar al interior sentí un inmenso alivio al poder huir de la flámigera calle durante unos minutos.

Curioseé los distintos rincones: aquí lo que parecía la entrada a una iglesia, allá otras entradas a dependencias del recinto, en el centro un gracioso jardincito con una virgen... Anduve al frente y me introduje en una estancia vacía en la que, como un poderoso imán, un típico torno de convento llamó mi atención. Fue entonces cuando tomé conciencia de que una suave música salía a través del torno... órgano, flauta, no podía definir el instrumento, pero de alguna manera era lo que me había atrapado desde la calle casi sin percibirlo. Sólo oía las notas musicales y mi respiración, cayendo en una dulce ensueño. De pronto una puerta se abrió lentamente en el patio desde el que había accedido, haciendo un tétrico cacareo. Y la melodía cesó. Mi cerebro necesitaba escucharla de nuevo, así que con presteza salí al patio para preguntar por ella, pero no había nadie, sólo una puerta entreabierta tentándome a buscar a quién era capaz de hacer sonar tan evocadoramente un instrumento.

Pregunté varias veces, al principio bajito, luego elevan-



Claustro interior del Convento de Santa Clara. Foto de José María Garrido

do la voz, pero nadie contestó. Era pobre justificación, pero la falta de respuesta hizo que me decidiera a entrar y buscar hasta que encontrara a alguien que me llevara ante la autora de tan singulares notas. Pasé haciendo chirriar de nuevo los viejos goznes, estaba oscuro. Esperé a que se me acostumbraran los ojos a la pobre luz y avancé por un pasillo que iba girando siempre a izquierda y en el que tan solo había unos pequeños orificios en lo alto de la pared que iluminaban bien poco. Tras unos 30 metros más o menos llegué a otra puerta. Me disponía a llamar con los nudillos cuando sentí, más bien presentí, a alguien a mis espaldas. Después, un golpe en la nuca y casi de inmediato, me desplomé pesadamente al suelo.

Volvía a oír de nuevo la melodía, esta vez más cerca. Era un órgano, sin duda. Abrí los ojos, pero no veía mucho, me habían colocado en la cabeza una especie de tela con hilos gruesos y trama poco densa. Estaba sentado con la espalda apoyada en una piedra, no,

una fuente, se oía un chorro caer en el agua tras de mí. Las manos parecían atadas, delante, aunque no notaba cuerda alrededor. Intenté ponerme en pie, pero las piernas no me respondían. Intenté ver a través de la tela lo que me rodeaba... ¡Era un claustro, claro! Sonaron muchos pasos de pronto frente a mí, entreví varias figuras de negro que cuchicheaban algo ininteligible, nadie se acercaba, pero las veía ir de un lado para otro con agitación. Empezó a crecer una inquietud en mi mente: me sentía como una presa cazada. Grité un "eh" y provoqué un inmediato silencio. Pregunté casi chillando por qué me tenían atado, qué querían hacer conmigo, pero nadie me respondió... la mezcla de la calidez que me hacía sentir la música y el miedo que empezaba a crecer en mí me confundían, era como una droga que me impedía intentar siquiera rodar sobre mí mismo.

La música cesó de golpe con un disonante final. El oprimido silencio se hizo casi ma-

terial. Las figuras vestidas de negro se apartaron de pronto y pude ver a una figura blanca dirigirse directamente hacia mí. Se agachó y me miró acercando su cara a la mía... ¡Dios! ¡No tenía cara, sólo creí vislumbrar unas cuencas oscuras y vacías! Sentí como el frío se apoderaba de mi cuerpo a la misma vez que ella iba poco a poco acercándose, mi corazón latía como un caballo desbocado, no quería mirar, pero me arrancó súbitamente el trozo de tela de la cabeza... ¡Oh, Dios! ¡A pocos centímetros de mi cara tenía la calavera de una monja mirándome! Noté cómo el frío me recorrió la columna vertebral de arriba abajo, haciendo un inmenso esfuerzo aparté la mirada y susurré una breve oración que me enseñaron cuando hice la catequesis y que no había rezado durante décadas: "Dios mío, protégeme a tu fiel creyente y líbralo de todo mal".

En un mar de sudor, por primera vez en horas, me sentí a salvo. De un segundo a otro, tras el breve rezo, todas las figuras desaparecieron, inclui-

da la nefasta monja de blanco. Sólo oía mi respiración entrecortada y mi corazón seguramente a más de 180 pulsaciones por minuto, me miré las manos y no había nada que las sujetara. Ni a mis pies. Intenté levantarme y esta vez sí pude. Encontré una puerta y, con más miedo por lo que dejaba atrás que por lo que pudiera encontrarme, fui hacia ella y acabé saliendo al patio donde estaba la virgen. Desesperado, salí a la calle gritando y pidiendo ayuda hasta que varios vecinos, asustados por el jaleo, bajaron a socorrerme. Les conté lo que me había sucedido, pero no reaccionaron como esperaba. Se miraban unos a otros, pero no se decían nada...

Por fin, el que parecía más viejo, se dirigió a mí con parsimonia y hablándome como si fuera un niño pequeño, me explicó algo que heló mi sangre: *«¡Joven, este monasterio lleva mucho tiempo vacío, las últimas monjas lo abandonaron hace medio siglo, ahora es sólo un monumento!»*